



Aposta. Revista de Ciencias Sociales
E-ISSN: 1696-7348
apostadigital@hotmail.com
Luis Gómez Encinas ed.
España

Guitart, Moisés Esteban
¿POR QUÉ NOS IMPORTA TANTO EL TEMA DE LA IDENTIDAD?
Aposta. Revista de Ciencias Sociales, núm. 39, octubre-diciembre, 2008, pp. 1-15
Luis Gómez Encinas ed.
Móstoles, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=495950232004>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

¿POR QUÉ NOS IMPORTA TANTO EL TEMA DE LA IDENTIDAD?

Moisés Esteban Guitart

Universitat de Girona

Introducción

El presente ensayo pretende analizar y comprender la importancia que tiene la identidad (personal y social) en la configuración de las personas y los colectivos en los escenarios contemporáneos. Para ello pretendemos justificar, primero, la relevancia sociopolítica y personal de dicho concepto. Segundo, proponer los dos ejes sobre los cuales pivotan nuestras vidas en la modernidad, para algunos “tardía” (Giddens, 1997), para otros “líquida” (Barman, 2000): la globalización económica y la pluralización de las formas de vida. En tercer lugar, apoyaremos la tesis de Touraine (2005) según la cual nuestro mundo no se puede ya analizar en términos sociales y cabe plantearlo en términos culturales. Finalmente, concluiremos marcando algunas características a tener en cuenta en el estudio y análisis de la identidad en el mundo de hoy, incierto, global y lleno de riesgos pero también nuevas posibilidades.

1. La importancia de la identidad en los escenarios contemporáneos

En las últimas elecciones presidenciales de Francia, Nicolás Sarkozy, ganador de las mismas, provocó un gran revuelo sociopolítico al proponer la creación de un

“Ministerio de la Inmigración y la Identidad Nacional”. “*Si no les decimos a aquellos que se nos quieren unir: “aquí está la identidad con la que os vais a casar, presentad vuestra identidad, pero hay un zócalo sobre el que nunca negociaremos”, entonces nos equivocamos*” –afirma el presidente de la República y líder del partido Unión por un Movimiento Popular (UMP). Brice Hortefeux, fiel colaborador de Sarkozy, es el elegido para ocupar esta insólita cartera que se propone cuatro objetivos: “*controlar los flujos migratorios, favorecer la integración, promover la identidad francesa y alentar el codesarrollo*”. La primera acción del finalmente llamado “Ministerio de la Inmigración, de la Integración, de la Identidad Nacional y del Codesarrollo” es expulsar el mayor número posible de extranjeros en situación irregular, más o menos unos 25.000 extranjeros sin permiso de residencia (*Le Figaro*, 19 de Junio de 2007).

Mientras tanto la Constitución Europea avanza a trompicones. A pesar de las múltiples diferencias auspiciadas por las reivindicaciones de los distintos países implicados, desde Alemania hasta Polonia, parece haber puntos en común. El primero: el respeto a la identidad nacional de cada uno de los países miembros.

Al otro lado del Atlántico, en Estados Unidos, Samuel P. Huntington, uno de los principales ideólogos de la política de George Bush, publica el libro: *¿Quiénes somos?* Con el subtítulo *Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. La principal tesis del libro es demostrar que la inmigración latinoamericana, en especial la procedente de México, representa una amenaza para la identidad estadounidense, ya que mantiene sus costumbres y no asimila ni el lenguaje ni los valores norteamericanos basados en el cristianismo protestante. *“El idioma inglés, el cristianismo, los conceptos ingleses del imperio de la ley -incluyendo la responsabilidad de los gobernantes y los derechos del individuo- y los valores protestantes del individualismo, la ética del trabajo y la creencia en la capacidad y el deber de los seres humanos de intentar crear un cielo en la tierra”* –ésta es la identidad estadounidense puesta en peligro, según Huntington (2004: 20).

Probablemente nunca antes en la historia “la identidad” había sido fiel protagonista de la actualidad como lo es en nuestros días. Ya sea en forma de pregunta, de afirmación, de amenaza, de exclusión, todo aquello que tiene que ver con el fenómeno de la

identidad está cobrando una importancia que merece, y de ahí nuestro propósito, prestarle atención.

Muchas veces detrás de las peores atrocidades humanas (los genocidios de Ruanda, Afganistán o Kosovo, los problemas de convivencia que se dan en Irlanda, Bélgica, España o México) se esconde una locura apasionada en nombre de una etnia, lengua, identidad o religión. Desde el Líbano, hasta Afganistán, desde Ruanda, Burundi hasta Yugoslavia, sin olvidar la “casa común europea” que ve el resurgir de identidades locales en España, Bélgica o el Reino Unido. Todos ellos ejemplos de lo que las disputas lingüísticas, identitarias, religiosas significan hoy en día.

Leemos en la prensa: “*Los partidos catalanes rechazan el término identidad nacional*” (*El País*, Martes 22 de noviembre de 2005); “*Los franceses presos por su identidad nacional*” (*Le Monde*, domingo 8 de noviembre de 2005); “*Un estudio elaborado en Estados Unidos y cuatro países europeos, entre ellos España, constata que los musulmanes se integran más fácilmente en Estados Unidos. Razones: una tercera parte son profesionales con estudios universitarios y, además, la idea de identidad nacional es más flexible en EEUU que en Europa*” (*La Vanguardia*, Miércoles 20 de Junio de 2007).

¿Por qué la identidad está de moda? ¿Qué hace que la identidad se haya convertido en un asunto público? ¿Por qué en los medios de comunicación aparecen cientos de artículos sobre el fenómeno?

2. La doble desorientación

Decía Wittgenstein (1983) que la forma de una cuestión filosófica es la desorientación. De hecho, tendemos a reparar en las cosas, a someterlas a escrutinio, sólo cuando se desvanecen, cuando dejan de orientar, cuando se convierten en motivo de perplejidad. Dicho con otras palabras, el pez siente el agua (su necesidad) precisamente cuando no la tiene.

Esta me parece la principal razón que hace que la *identidad* sea hoy protagonista. Por un lado, afirma el sociólogo Ulrich Beck: “*Todo el mundo siente amenazada su identidad*

frente al poderosísimo rival que es la globalización” (*El País*, 11 de noviembre de 2003). Por el otro, la precariedad laboral, bajo el seudónimo de *flexibilidad*, los divorcios en aumento, el precio de las viviendas y los riesgos de consecuencias desconocidas (el calentamiento global, por ejemplo) dificultan el camino sólido, conocido, seguro y duradero que constituía el mundo ya dictaminado de antaño, donde cada cual ocupaba su sitio y donde el porvenir se dibujaba fácilmente según el “reloj social” (“yo soy trabajador de los 18 a los 65, me casé a los 24, tengo 2 hijos y vivo en una casita con jardín”).

Todo ello se ha acabado. Ha terminado el mundo estable y duradero, las verdades sólidas y por siempre certeras. La movilidad humana en la *era de la información* multiplica los encuentros con extraños, con gentes que no hablan como nosotros, que tienen otro color de piel y, lo que es más importante, que no comparten *nuestras formas implícitas compartidas* de pensar, sentir y actuar. Lo que a uno le identificaba (su puesto de trabajo, su comunidad, su país) resulta trasnochado en su nueva ubicación. El empresario que deja Buenos Aires se convierte en “sudaca lavacopas”; mientras que los modos, basados en la imitación, de enseñar y aprender de los hmong del sudeste de Asia, se deben abandonar en las modernas prácticas pedagógicas de los Estados Unidos de América. El resultado: la desorientación, pública y privada. La desorientación de la comunidad indígena y la etnia minoritaria que reivindica su sitio en un mundo global, y la desorientación de un joven que continuamente observa cómo se desdibuja su sitio en la sociedad (su proyecto de vida en forma de trabajo, pareja, vivienda, etc.).

La identidad, hoy, es el resultado de la desorientación, de la pérdida del “campo de seguridades” que constituye toda cultura, de las prácticas expresivas e instrumentales que mediatizan las relaciones que los hombres y las mujeres tienen con su entorno. Esta desorientación se vive doblemente: en el plano colectivo y público de las naciones, los Estados, las regiones y los espacios; y en el plano individual y privado. El conflicto sociocultural y la crisis personal.

A nivel individual aumenta lo que Giddens llama “reflexividad social”. Los riesgos, incertidumbres e inseguridades (Tortosa, 2004) de la actualidad se traducen en un aumento de la reflexividad social, es decir, “*pensar y reflexionar constantemente sobre las circunstancias en las que desarrollamos nuestra vida*” (Giddens, 2004: 849). Un

divorcio, cambio de trabajo, cambio de país o cambio de vivienda, fenómenos hoy en alza, provocan un replanteamiento del proyecto de vida individual (*¿quién soy?, ¿dónde estoy?, ¿con quién quiero estar?, ¿de qué quiero trabajar?*) y, por lo tanto, ponen en primer plano el tema de la identidad personal.

A nivel colectivo las identidades sociales (nacionales étnicas, religiosas) se reivindican frente la homogenización de la llamada globalización. Los tradicionales estados-nación se ven cuestionados por arriba (los nuevos agentes transnacionales como el Banco Europeo, la ONU o la OTAN) y por abajo (reivindicación de grupos minoritarios: nacionalismos, inmigrantes, etc.).

Pensamos que ambas desorientaciones (individual y colectiva) ponen encima la mesa el tema de la identidad como respuesta frente a un mundo que se nos escapa lleno de interrogantes e incertidumbres. Beck (2002) lo llama la “sociedad del riesgo global” que ha “sustituido” las tradicionales amenazas premodernas (tempestades, malas cosechas o enfermedades) por los “riesgos” derivados de los procesos de modernización, entre los cuales, los más evidentes son los ecológicos y nucleares. Peligros que ponen en duda la supervivencia de la humanidad como especie. Frente a este panorama la identidad no puede más que ser una respuesta. Una fuente de sentido y significado que orienta nuestras vidas.

2. Globalización económica y pluralización de las formas de vida

“La globalización es la razón del resurgimiento de identidades culturales locales en diferentes partes del mundo” (Giddens, 2000: 25). *“Con la globalización corre pareja cada vez más la localización”* (Beck, 1998: 75). *“La oposición entre globalización e identidad está dando forma a nuestro mundo y a nuestras vidas (...) La era de la globalización de la economía es también la era de la localización de la política”* (Castells, 1999: 23 y 411). *“¿Cómo podremos vivir juntos si nuestro mundo está dividido por lo menos en dos continentes, cada vez más alejados el uno del otro, el de las comunidades que se defienden contra la penetración de individuos, ideas y costumbres procedentes del exterior, y ese otro cuya globalización tiene como contrapartida una débil huella sobre las conductas personales y colectivas?”* (Touraine, 1997: 12).

Parece haber acuerdo entre gran parte de los sociólogos contemporáneos en afirmar que la globalización y la identidad son caras de una misma moneda, procesos que se alimentan, ejes sobre los cuales pivotan nuestras vidas individuales y colectivas. Incluso se ha acuñado un término exclusivo para referirse a lo que parecen ser los parámetros de nuestro tiempo, *glocalización* (Robertson, 1992).

Ambos fenómenos responden a dos necesidades que toda comunidad tiene. Por un lado, la creación y distribución de riqueza. En este sentido la globalización implica un proceso de interconexión de mercados, economías y tecnologías. Por otro lado, dotar nuestras vidas de sentido y, por lo tanto, interpretar la realidad. Esta es la misión de la identidad, las culturas y las comunidades. El flujo de capital financiero internacional (la globalización entendida como proceso económico) nos aporta poco en el plano identitario, no nos dice quiénes somos, de dónde venimos, ni a dónde vamos. Por ello el sentido de comunidad y la identidad colectiva aparecen como los elementos que permiten dar calidez, seguridad e información frente al “monstruo” global (los mercados que no aportan, por sí mismos, un modelo de regulación social).

Postulamos que la globalización, entendida estrictamente como fenómeno económico, y la cultura, entendida como pluralización y heterogeneidad de formas de vida distintas (religiones, etnias, lenguas) puestas en relación en un mismo territorio, son los ejes de la actual modernidad.

Pensamos que la convergencia de mercados financieros globales, integrados electrónicamente (mediante la tecnología de la información y la comunicación disponible), que operan en tiempo real es la característica distintiva de la globalización, aquello genuino de nuestros días. La emigración (Klein, 2007) y otros aspectos asociados a la globalización sin duda alguna hace décadas que existen. En este sentido la globalización no es más que una dinámica de convergencia transnacional (mundial) de los mercados de bienes y servicios, las tecnologías y los capitales, posible gracias a la eliminación progresiva de las trabas al comercio (apertura de mercados), la explotación de las finanzas internacionales y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Si antes el mercado era nacional, ahora es global. Utilizamos ordenadores fabricados en la China con sistemas operativos americanos; vestimos ropa

procedente de Marruecos y tomamos un café de Kenya con dinero depositado en Catalunya pero sacado a través de la VISA. En este sentido la globalización es un proceso económico y no cultural.

A nivel cultural también existe la homogeneización de culturas (la “McDonalización” del mundo), el contacto entre personas a través de internet, pero como respuesta, precisamente, a la “aldea global” (“ser todos iguales”) aparecen “políticas identitarias” por todos lados. Es decir, grupos, movimientos, asociaciones que reivindican el valor de la diferencia (ya sea sexual, como los grupos a favor de los derechos de los gays y lesbianas, ya sea nacional, como las naciones sin Estado, ya sea étnica, como el movimiento pro-indigenista de Evo Morales). Por lo tanto, las consecuencias de la globalización a nivel cultural no son la homogenización cultural sino la pluralización. Es decir, el contacto entre diversas maneras de creer, trabajar, vivir en familia o comer, por citar sólo algunos ejemplos. Así lo expresan Berger y Luckman (1997: 57): *“La coexistencia de distintos sistemas de valores, y fragmentos de dichos sistemas, en una misma sociedad, y por ende para la existencia simultánea de comunidades de sentido completamente diferentes. El estado que resulta de estas precondiciones puede denominarse pluralismo. Si a su vez éste se transforma en un valor supraordinal para una sociedad, podemos hablar de pluralismo moderno”*.

En conclusión, pensamos que en las sociedades contemporáneas aumenta el cuestionamiento de las certezas y el envejecimiento de las clásicas estructuras sociales, los saberes tradicionales de la Iglesia, los anclajes que aportaban la familia nuclear. Frente a ello conviven y proliferan formas distintas de vivir en familia (familias nucleares, monoparentales, reconstituidas, etc.), de trabajar (Graziani, 2005), de creer y de pensar. Dicho con otras palabras, frente a un “mundo hostil” (lleno de inseguridades, de incertidumbres, de riesgos, de conocimientos y relaciones frágiles) crecen las reivindicaciones identitarias ya que aumenta el deseo de seguridad que proporcionan las comunidades locales (ya sean étnicas, religiosas, nacionales) (Bauman, 2003).

Lo decíamos anteriormente, hoy la identidad es fruto de una doble desorientación. Por un lado las personas se ven obligadas a cuestionar las circunstancias sobre las cuales desarrollan su proyecto de vida (en pareja, laboral, etc.). Por otro lado los colectivos (nacionales, religiosos, étnicos, lingüísticos) reivindican su sitio y el derecho de “ser

diferentes” en un mundo globalizado que nos hace “todos iguales” (en el vestir, en la música que escuchamos o en las creencias que profesamos). Ambos fenómenos ponen encima la mesa el tema de la identidad, personal (quién soy y quién quiero ser) y social (quiénes somos y quiénes queremos ser).

3. El mundo en términos culturales

Todos estos cambios que se asoman bruscamente en nuestras sociedades (el influjo de Internet y las nuevas tecnologías de la información y la comunicación; el aumento del desempleo, los divorcios y las migraciones internacionales o la proliferación de formas de vida distintas puestas en relación en un mismo territorio) nos obligan a replantear el modo como tradicionalmente hemos pensado “lo social”.

Según Alain Touraine (2005) necesitamos un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy. Ya no podemos describir la realidad social en términos políticos: orden y desorden, pueblo, rey o nación, conceptos propios de los primeros siglos de la modernización. Tampoco podemos, como hacíamos con la Revolución industrial, pensar el mundo a partir de un paradigma económico y social (clases, riquezas, proletariado, desigualdades, redistribución, etc.). Incorporados a la “Era de la Información” y de la economía global, los individuos y los colectivos se afanan en escapar de los feroces mercados impersonales (lo que hemos llamado “globalización económica”). *“Actualmente, dos siglos después del triunfo de la economía sobre la política, esas categorías “sociales” se han vuelto confusas y dejan en la sombra gran parte de nuestra experiencia vivida”* (Touraine, 2005: 13).

Lo que prima hoy en día son los problemas culturales o, dicho con otras palabras y, utilizando la hermosa expresión de Charles Taylor (2001), la política del “reconocimiento”. ¿Qué lugar hay que conceder a las minorías nacionales, étnicas, religiosas, de género?, ¿pueden los homosexuales casarse?, ¿hay un retorno de las religiones y las sectas?, ¿cómo cohesionamos los derechos individuales y los derechos colectivos?, ¿qué papel ocupan las mujeres en un mundo en proceso de despatriarcación?, ¿cómo damos sentido a nuestra identidad frente la amenaza global de la economía privada? En definitiva, se trata de situar lo identitario, simbólico y cultural en el centro de análisis de la realidad.

El mundo en términos culturales quiere decir que hoy día las luchas no se dan entre el rey y el esclavo o el patrón y el proletariado sino que se dan entre el grupo nacional mayoritario y el minoritario, entre el inglés y el francés, entre el mestizo y el indio, entre el autóctono y el inmigrante. En definitiva, que la identidad es el campo de batalla. Movimientos feministas, pacifistas, afroamericanos, chicanos, indigenistas, terciermundistas, nacionalistas ponen como bandera de sus reivindicaciones el reconocimiento, en el espacio sociopolítico, de su identidad, es decir, su diferencia y particularidad.

La búsqueda incansable y desesperada de identidad (de fuente de sentido y significado, de seguridad y protección) aparece como una reacción delante los cambios sociales, políticos y culturales del mundo actual, el “mundo hostil” —del que habla Zygmunt Bauman (2003). Y es que en último término pensamos que la identidad mucho tiene que ver con la ética y la moral. “Si yo me identifico contigo, eres de mi tribu, mi etnia, mi religión, mi nación, estoy tranquilo y seguro ya que sé que no me engañarás ni robarás. Tú eres de los míos y por lo tanto me ayudarás, como yo haré si lo necesitas.” Así se resume el pacto implícito que subyace bajo una identidad colectiva y personal (la confianza en la pervivencia en el futuro y la seguridad frente a un mundo hostil).

4. Conclusión: construir identidades en la incertidumbre del mañana

Mucha razón tenía Heidegger cuando decía que la vida, la existencia, es ante todo proyección, es decir, mirada hacia delante. La vida consiste en ocuparse de las cosas antes de que estas sucedan y por esto es “pre-ocupación” —le seguía Ortega y Gasset. Tanto Heidegger como Ortega, a diferencia de Freud, por ejemplo, pensaban que lo más importante no es el pasado, ni tan solo el presente, sino que es el futuro. En vistas a ello construimos nuestro presente y recordamos nuestro pasado. De igual modo podríamos considerar que la identidad es relevante no porque nos habla del pasado (quiénes hemos sido) o del presente (quiénes somos), sino del futuro (quiénes queremos ser). En función de este proyecto individual (“quiero ser pintor y emular a Velázquez”) o colectivo (“queremos que nuestra lengua siga usándose en el porvenir”) actuaremos de un modo o de otro (nos apuntaremos a Bellas Artes y hablaremos la lengua de nuestro grupo social, por ejemplo). Por lo tanto es aquello que aún no está garantizado, aquello que no

sabemos, el mañana, lo que acaba configurando nuestra existencia individual y colectiva. Pero el mañana, a diferencia del ayer y del hoy, es desconocido, incierto, problemático. No sabemos absolutamente nada de la realización de nuestras facultades artísticas en el día de mañana o de la pervivencia de nuestra lengua comunitaria. Por eso la identidad y la existencia humana no son solamente un tema sino también un problema, un asunto que debe ser solucionado, algo inquietante que perturba la paz de quien lo tiene o lo vive como tal.

Lo dicho hasta el momento nos sirve en la medida que podamos justificar la necesidad de estudiar, definir y operativizar un tema tan complejo, ambiguo y problemático como es el de la identidad. Un tema que pensamos es el centro de análisis de la realidad contemporánea y, por lo tanto, el núcleo de las Ciencias Sociales en la actualidad. Con el objetivo de contribuir al debate proponemos un programa de investigación que debería desarrollar o aportar datos empíricos a los mecanismos que están asociados a la construcción de la identidad, personal y colectiva.

El psicólogo Jerome Bruner (1991) sostiene que las historias, cuentos, mitos o leyendas expresadas por una determinada unidad cultural (por ejemplo la familia, la comunidad o el grupo nacional) son una parte importante del modo en que se ve a sí misma y, por lo tanto, moldean la identidad de las personas implicadas (sus creencias, temores, deseos, pensamientos, expectativas). Estas narrativas o versiones canónicas de una cultura se relacionan con la clase de cosas que una unidad social considera importantes y deseables. En este sentido son fuente de identidad ya que generan modos de interpretar la realidad. Un libro de texto, una determinada fiesta o tradición, un modo socialmente deseable de conducta son expresiones de lo que una persona o colectiva quiere ser. Desde esta perspectiva, la identidad poca cosa tiene que ver con los genes y los cerebros y mucho con los mitos, cuentos, historias y leyendas que nos cuentan y que contamos con el objetivo de entender aquello que está en nuestro alrededor. Ya desde pequeños aprendemos una serie de valores, pautas normativas, códigos de conducta, formas de expresar y creer a través de la participación en actividades educativas, ya sean formales (como la escuela) o informales (con los amigos o la familia). En definitiva, el modo que tenemos para comprender las intenciones de los demás y comprendernos a nosotros mismos es mediante la utilización de narraciones, es decir, historias que dotan los

sucesos de sentido y significado permitiendo unir los fenómenos con el objetivo de dar consistencia, unidad y propósito a nuestras vidas.

Siguiendo esta perspectiva nuestra imagen, definición o percepción de nosotros mismos, la identidad personal, se resuelve en una historia o narración en forma de proyecto de vida resuelto por con quién queremos estar, en qué queremos trabajar y dónde queremos vivir. Ya hemos dicho que las condiciones de la actual modernidad nos inclinan a reflexionar constantemente sobre las circunstancias en las que se desarrolla nuestra vida. El aumento de los divorcios, la precariedad laboral, el fin de los discursos tradicionales, la dificultad para obtener una vivienda satisfactoria y para toda la vida reabren nuestro proyecto de vida y, con ello, el tema de la identidad personal: *aquella parte del autoconcepto (autodefinición) de un individuo que se deriva del conocimiento de sus rasgos o aspiraciones propias juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a estos rasgos o aspiraciones. En ella caben características psicológicas y de personalidad (“soy optimista y alegre”), ideas y creencias (“no creo en Dios pero sí en la Justicia”) o aspiraciones futuras (“me gustaría ser empresario”)*. El principal vehículo para estudiar la construcción de la identidad personal, entendida de esta forma, es mediante la utilización de historias de vida, es decir, entrevistas abiertas en las que el protagonista reconstruye y proyecta sus aspiraciones, inquietudes, deseos y temores a través de la reconstrucción de la propia vida (“¿Podrías dividir tu vida en capítulos o momentos que para ti han sido significativos?, ¿cómo te gustaría que fuese tu futuro?, ¿cuál ha sido el reto más importante al que te has tenido que enfrentar?, ¿cómo definirías tu cosmovisión personal?, ¿qué momento de tu vida recuerdas más positivamente?”, etc.).

La diferencia respecto a la identidad social es que mientras la personal se refiere al proyecto de vida individual (aquel que me distingue de los otros), la social incluye el individuo en tanto miembro de un determinado grupo humano (nacional, religioso, deportivo, étnico, lingüístico, etc.). Podemos definir la identidad social como *aquella parte del autoconcepto de un individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo cultural, institucional e históricamente situado, juntamente con el significado valorativo y emocional asociado a esta pertenencia*. Ahora las narraciones ya no son relatos de vida sino historias públicas y compartidas como una canción, un monumento, un manual de libro, una bandera o un determinado atuendo de

vestir. De esta manera para estudiar la identidad social se precisa analizar el conjunto de artefactos culturales compartidos por una determinada comunidad. Por ejemplo, los manuales de historia que se utilizan en las escuelas de una determinada ciudad, su bandera, fiestas y tradiciones, los himnos y héroes de la comunidad y cosas por el estilo.

El proyecto de investigación brevemente expuesto implica un trabajo interdisciplinar. La historia, la antropología, la sociología, la economía, la filosofía, la lingüística o la psicología son necesarias en el intento de comprender la apropiación de narrativas personales y colectivas en la construcción de la definición que un individuo o sociedad hace sobre sí mismo y sí misma. Al fin y al cabo la pregunta antropológica, hoy puesto en vigencia, por quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos ha acompañado el curso de la humanidad. En un momento en que las ciencias están tan especializadas y disponemos de tanta información es preciso hallar esfuerzos de comprensión compartida alrededor de un mismo fenómeno o realidad. Qué duda cabe que el estudio de la identidad en los tiempos globalizados es la mejor excusa para que psicólogos, antropólogos, sociólogos o economistas trabajen conjuntamente. La empresa no es fácil pero pensamos que merece consideración.

Referencias bibliográficas

- BAUMAN, Zygmunt (2000): *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BAUMAN, Zygmunt (2003): *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*, Ed. Siglo XXI, Madrid.
- BECK, Ulrich (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Ed. Paidós, Barcelona.
- BECK, Ulrich (2002): *La sociedad del riesgo global*, Ed. Siglo XXI, Madrid.
- BERGER, Peter L. y LUCKMANN, Thomas (1997): *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*, Ed. Paidós, Barcelona.
- BRUNER, Jerome (1991): *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*, Ed. Alianza, Madrid.
- CASTELLS, Manuel (1997): *La Era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura (Vol. 3. Fin de milenio)*, Ed. Alianza, Madrid.
- GIDDENS, Anthony (1997): *Modernidad e Identidad del Yo: el Yo y la Sociedad en la época contemporánea*, Ed. Península, Barcelona.
- GIDDENS, Anthony (2000): *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Ed. Taurus, Madrid.
- GIDDENS, Anthony (2004): *Sociología*, Ed. Alianza, Madrid.
- GRAZIANI, Leticia Barrios (2005): “Las relaciones de trabajo en la globalización. Tres perspectivas de análisis”, en *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, No. 15, febrero de 2005, disponible en: <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/barrios1.pdf>

HUNTINGTON, Samuel P. (2004): *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Ed. Paidós, Barcelona.

KLEIN, Fernando (2007): “Las voces de los que se van. Emigración en tiempos de globalización”, en *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, No. 34, Julio, Agosto y Septiembre 2007, en: <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/fklein.pdf>

ROBERTSON, Robert (1992): *Globalization: Social Theory and Global Culture*, Ed. Sage, London.

TORTOSA, José María (2004): “Un mundo inseguro: Usos y abusos de la inseguridad”, en *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, No. 10, Julio, Agosto y Septiembre 2004, disponible en: <http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/tortosa.pdf>

TAYLOR, Charles (2001): *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, fondo de Cultura Económica, México.

TOURAINÉ, Alain (1997): *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, PPC, Madrid.

TOURAINÉ, Alain (2005): *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*, Ed. Paidós, Barcelona.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1983): *Investigacions filosòfiques*, Ed. Laia, Barcelona.

Resumen

La identidad es un tema arduo y complejo que abarca prácticamente todos los aspectos de la vida de un ser humano. La identidad, mediada narrativamente, cumple una función personal orientada a la dirección de la propia vida (identidad personal), así como una función sociocultural vinculada a la búsqueda de reconocimiento de los derechos de los grupos sociales a los que uno se siente apagado (identidad social). Entre la globalización económica y la pluralización de las formas de vida, la identidad hoy es fruto de una doble desorientación. A nivel individual, la precariedad laboral, la flexibilidad de las relaciones humanas, el aumento de los divorcios o las migraciones internacionales obligan a replantear, constantemente, las circunstancias sobre las cuales se desarrollan nuestras vidas. A nivel colectivo, los nuevos agentes transnacionales como la ONU o la OTAN y los agentes locales como los grupos nacionales, étnicos o de inmigrantes obligan a repensar el espacio de los grupos, colectivos y comunidades entre la homogeneización global y la heterogeneidad local.

Palabras clave

Identidad personal, identidad social, globalización económica, pluralización de las formas de vida, reflexividad social.

Abstract

The identity is an arduous and complex topic that includes practically all the aspects of the life of a human being. The identity, mediated narrative, plays a role aimed at the personal direction of ours lives (personal identity) and sociocultural function linked to the quest for recognition of the rights of social groups to which one feels attached (social identity). Between economic globalization and pluralization of the life forms, identity is the result of a double disorientation. At the individual level, the insecurity work, the flexibility of human relations, the rise in divorces or international migrations require rethinking, constantly, the circumstances on which our lives are developed. At the collective level, the new transnational agents like ONU or OTAN and local agents like nationalism, ethnic or immigrant groups forced to rethink the space of groups, collectives and communities between the global homogenization and local heterogeneity.

Key words

Personal identity, social identity, economic globalization, pluralization of the life forms, social reflexivity.